

# La inserción de América Latina en la división internacional del trabajo

*Gregorio Selser*

FCP y S-UNAM

**E**l carácter dependiente y neocolonial de las economías latinoamericanas ha determinado que sus estructuras productivas se hayan refuncionalizado como respuesta a las necesidades cambiantes de la acumulación capitalista a escala mundial. Desde principios del presente siglo, las necesidades y orientaciones de la economía estadounidense han dictado las pautas para organizar el funcionamiento y la explotación de toda la región.

Estados Unidos emergió de la segunda guerra mundial como el centro hegemónico indiscutible del mundo occidental, cuando logró modelar e instrumentar mediante los acuerdos de Bretton Woods, el sistema mone-

tario y con éste, la red de relaciones económicas internacionales determinante para el funcionamiento de la economía mundial capitalista hasta entrados los años setenta. La fortaleza económica estadounidense gracias a la magnitud de sus excedentes financieros, permitió crear las condiciones que garantizaran una creciente expansión de su capital productivo.

La reconstrucción de la arruinada Europa y la necesidad política e ideológica de evitar que esa ruina fuera, como la primera posguerra, caldo de cultivo para la eclosión de estallidos revolucionarios o para la constitución de regímenes comunistas, implicó para Estados Unidos la necesidad de reactivar la economía del

viejo mundo, y reorientar la estructura económica, aprovechando los factores productivos existentes. Parte fundamental de este objetivo recayó en las agencias financieras internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), y en programas de reconstrucción impulsados bajo su orientación y control. Los criterios de condicionalidad impuestos supusieron la adopción de políticas librecambistas y de fomento a la inversión extranjera directa en países de la periferia capitalista, mientras que la ayuda económica a los países devastados por la guerra —Francia, Gran Bretaña, Italia, Alemania sobre todo— mediante programas de ayuda masiva financiera, industrial y técnica como el Plan Marshall, fortalecieron la presencia de Estados Unidos en Europa occidental permitiéndole una asociación casi permanente con su proceso de desarrollo y el pleno mantenimiento de su propio aparato de producción. Ayudó y al mismo tiempo se ayudó. Pero no se tuvo en cuenta a América Latina.

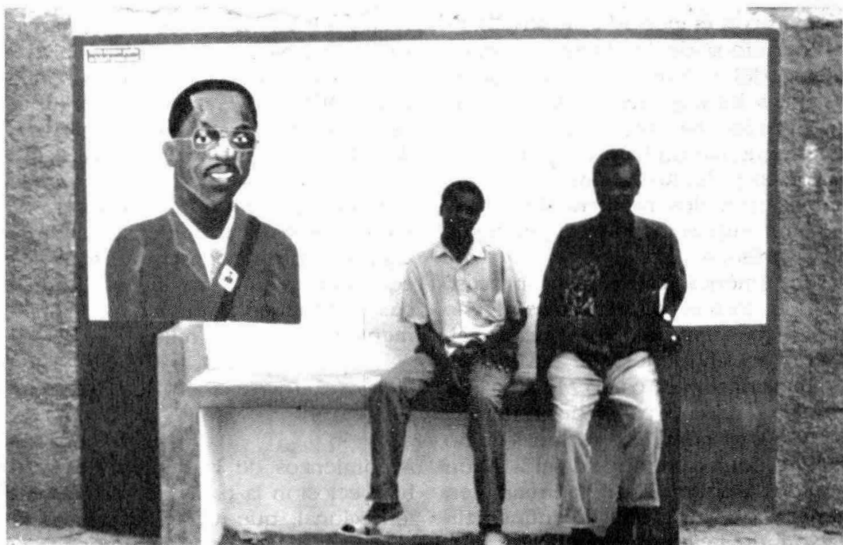
Esta reorganización económica se acompañó de un nuevo esquema de seguridad que hizo del enfrentamiento Este-Oeste, uno de los pivotes funcionales de la hegemonía política norteamericana en el mundo occidental. La Unión Soviética (URSS) y Europa Oriental fueron un enemigo conveniente. El estallido de la guerra fría en 1947 enmarcó la confrontación durante las décadas siguientes. La región latinoamericana pasó a ser un espacio estratégico para Estados Unidos, mediante nexos de control y mecanismos tales como el Tratado Interamericano

de Asistencia Recíproca (TIAR). Así la vinculación de su economía y la naturaleza de los distintos procesos políticos en América Latina pasaron a ser materia de seguridad nacional para Estados Unidos en las décadas siguientes.

De la primera guerra mundial (1914-1918), Estados Unidos surgió como potencia incontrastable; de la segunda guerra mundial, como poder dominante y hegemónico, a medias impugnado por la URSS. En el orden mundial de la segunda posguerra, la forma de dicho dominio se volvió más sofisticada. Por lo que concierne a América Latina, las relaciones internacionales se establecieron formalmente en un ambiente de cooperación. La exportación de capitales se convirtió en uno de los mecanismos privilegiados para promover el mutuo beneficio.

Sin embargo, tales relaciones se desenvolverían de una manera sesgada y asimétrica: el dinamismo inducido en las economías latinoamericanas no iba a afectar su carácter subordinado; por el contrario, se traduciría en el establecimiento de formas más refinadas y efectivas de neocolonización, dado que el capital extranjero se instalaría sobre los sectores más estratégicos, tornando más vulnerable a la región respecto a las transformaciones internacionales y a la política estadounidense.

Una característica de la evolución del sistema económico internacional de posguerra es la aparición de un proceso de creciente interdependencia, manifestado en términos de un nuevo esquema de la división internacional del trabajo, la cual se caracteriza en



términos horizontales, esto es, estableciendo una fragmentación de los procesos productivos a nivel internacional dirigidos por una empresa única. En este sentido el centro tecnológico pasó a ser una de las claves para explicar la expansión del capital y su capacidad para penetrar en otros países.

Estimulada por la racionalidad del modelo de sustitución de importaciones que durante décadas alentó la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), la economía latinoamericana avanzó en un proceso de industrialización acelerada con vistas a la construcción de modelos autosustentados; no obstante, la carencia de recursos productivos, financieros y tecnológicos, ubicaban a la región ante perspectivas poco promisorias, por lo que

la apelación al concurso del capital extranjero fue una condición prácticamente indispensable para consolidar el proyecto. Por otra parte, el sistema impuesto en la posguerra fue creando las condiciones para promover la reorganización de la división internacional del trabajo. Los países dominantes se encargaban de desarrollar nuevos procesos tecnológicos eficientes, los cuales una vez que entraban en obsolescencia eran transferidos hacia economías periféricas. Esto determinó que la industrialización periférica tuviera que basarse exclusivamente, para su reproducción, en los mercados internos; de todas maneras se hizo necesario mantener los sectores tradicionales (primarios) como el nexo fundamental de estas eco-

nomías con el mercado internacional. En términos de la división internacional del trabajo, el papel que se asignó a las regiones periféricas consistió en hacerse cargo de los procesos que requerían un bajo contenido tecnológico y del abastecimiento de insumos primarios, preservándose así el carácter subordinado y dependiente de las mismas.

En América Latina este proceso revistió formas diferenciadas. Hubo países que lograron avanzar sustancialmente en el modelo de sustitución de importaciones, como México, Brasil y Argentina a partir de la década de 1960, en tanto que regiones como las de Centroamérica no mostraron grandes avances. Puede afirmarse en general que el grado de industrialización de la región aumentó, pero también aparecieron nuevas contradicciones políticas y económicas debido a la creciente penetración del capital extranjero y al choque que éste producía con los de origen nativo, incluidos los del sector estatal.

No faltaron tentativas nacionalistas para impedir el control de sectores estratégicos por parte del capital extranjero. En otros casos, las tentativas de modificación de estructuras petrificadas, o de alteración del predominio de corporaciones transnacionales produjeron graves crisis y confrontaciones con tales empresas y con el propio gobierno de Estados Unidos. Tal fue el caso del enfrentamiento del presidente Jacobo Arbenz en Guatemala con la poderosa United Fruit Company (que concluyó con su derrocamiento por la CIA en junio de 1954); el del presidente Juan Velasco Alva-

rado en Perú en 1968 con la Internacional Petroleum Company; y el del presidente Salvador Allende en Chile entre 1970 y 1973 contra el conjunto de empresas extranjeras nacionalizadas. Los límites para la realización de estas políticas fueron restringidos, como se comprobó en cada caso por las respuestas estadounidenses: el sabotaje, las confrontaciones internas —casi equivalentes a guerras civiles— inducidas, el bloqueo internacional y finalmente la ocupación militar.

## II

A comienzos de la década de 1970 hizo eclosión la crisis del sistema internacional, que afectó la capacidad hegemónica de Estados Unidos. Las formas que adoptó internamente la acumulación de capital empezaron a quedar rezagadas respecto de sus principales competidores, Japón y Alemania. Descendió la productividad relativa de la mano de obra, disminuyó el ingreso nacional, hubo un menor crecimiento de su PIB en comparación con Europa y Japón, cayeron las exportaciones, surgió la "estancflación" y con ella un incremento de la tasa de desocupación junto con una baja en los niveles de bienestar de la sociedad norteamericana.

Sus efectos mediatos son descritos así por el politólogo Luis Maira:

Estados Unidos cayó en un proceso de declinación frente a la posibilidad que tuvieron y aprovecharon sus competidores, de usar sus recursos en el desa-

rollo de la ciencia, la tecnología y la invención humana, para ponerse a la cabeza de la tercera revolución industrial. En la década de 1980 hubo un retroceso del poderío imperial norteamericano. Más allá de que la apariencia inicial de la administración Reagan y sus esquemas neoconservadores restablecieran e hicieran florecer el poderío norteamericano, en la práctica ese poderío se fue marchitando a lo largo de la década. Sus reflejos se advierten en la disminución de la competitividad económica de su producción, en el aumento de la deuda externa del país (el más endeudado del mundo) y en la reducción de su capacidad de invención: 47% de las patentes que se registran en Estados Unidos son extranjeras, cuando hace 25 años eran 19 por ciento.

La frase más repetidamente manejada durante este periodo fue la "crisis de la hegemonía norteamericana". La profunda división interna provocada por la guerra de Vietnam, la brecha de credibilidad abierta por el escándalo de Watergate, la renuncia del presidente Richard Nixon (1974) y la finalización de la citada guerra con la derrota militar y política de Estados Unidos fueron otras tantas señales de esa crisis. Era evidente que en Estados Unidos se necesitaban cambios sustanciales que devolvieran la confianza nacional y demostraran a nivel internacional que esas caídas y deterioros no eran síntomas de un proceso irreversible de desaparición de la presencia norteamericana al frente del mundo occidental.

Esta necesidad de urgente recomposición era reforzada por las transformaciones operadas simultáneamente

en la economía internacional. Durante la década de 1970 se gestó una "Tercera Revolución Industrial" que tuvo como ejes de su desarrollo al Japón en primer lugar y en segundo, a la República Federal de Alemania y los países asiáticos de industrialización reciente. El desarrollo de la alta tecnología que busca una reducción sustancial del consumo de materias primas, se convirtió en el núcleo del nuevo ordenamiento productivo. Ello determinó la aparición de nuevos sectores líderes en la tecnología de punta, de nuevos insumos clave en los flamantes circuitos productivos y nuevos procesos organizativos de la producción, que condicionaron una nueva división internacional del trabajo, pero también la reestructuración de las relaciones económicas internacionales.

Para América Latina esta década de crisis internacional se reflejó originalmente en el ámbito de lo político: el rasgo característico del periodo fue la amplia proliferación de regímenes autoritarios surgidos de golpes militares que no contaban necesariamente con proyectos nacionales autónomos, y que aceptaban pasivamente las iniciativas emanadas de las instituciones financieras públicas controladas por Estados Unidos -FMI, BM- a fin de garantizar el respaldo político y económico a sus gobiernos dictatoriales. Esto significó el desmontaje de sectores industriales establecidos -caso Argentina- o el retroceso en el grado de industrialización de otros países de la región, y marcó el inicio de una tendencia que habría de profundizarse a lo largo de la década de 1980. La crisis internacional que había sido el es-

cenario para la emergencia de nuevos países en desarrollo, dejó una secuela de inmovilismo en América Latina. Al propio tiempo no surgieron proyectos alternativos capaces de promover una acción decidida que estableciera una inserción más favorable de la región dentro del sistema internacional, ni siquiera del ámbito regional, no obstante la aparición de instituciones como el Sistema Económico de América Latina (SELA) e iniciativas latinoamericanistas que fueron bloqueadas sistemáticamente por Estados Unidos, lo que refleja de nuevo la estrechez de opciones económicas y políticas que se le conceden a los países latinoamericanos.

El de 1979 fue un año crucial. En medio Oriente cayó un fiel aliado de Estados Unidos, el sha de Irán. Otro aliado no menos fiel, Anastasio Somoza, cayó también en Nicaragua; y en El Salvador una revolución concluyó el ciclo de gobiernos militares iniciado en 1931. En Granada se iniciaba el gobierno de Maurice Bishop, visualizado como "enemigo", y por último en diciembre, tropas soviéticas invadían y ocupaban Afganistán. La retención de 50 rehenes norteamericanos en Irán fue padecida por el pueblo norteamericano como otra derrota más.

Todo el conjunto fue interpretado por la sociedad estadounidense como un síntoma de debilidad política y militar y una lesión al prestigio mundial de Estados Unidos, aspectos que favorecieron a los sectores más conservadores, quienes, con base en un discurso agresivo durante las elecciones de 1980, lograron impulsar el ascenso presidencial de Ronald Reagan

y junto con él a la llamada "revolución conservadora", la cual se planteó entre otros objetivos, tres fundamentales: la recuperación económica estadounidense dentro del marco de un abandono progresivo de los esquemas keynesianos; el endurecimiento de la confrontación Este-Oeste en el contexto de la disuasión a través del relanzamiento de la carrera armamentista; y la reversión, recuperación, o *roll-back*, en cuanto a lo "perdido" por Estados Unidos en cuanto a poder, influencia y presencia mundiales. Todo ello parecía configurar un retorno a los peores años de la guerra fría.

El primer objetivo pareció conseguido ampliamente pasando de la recesión en que estaba sumida la economía norteamericana en 1981, a una recuperación importante hacia 1984. Con Reagan hubo un endurecimiento de la postura de Washington frente a Moscú, a través de iniciativas como la "Guerra de las Galaxias" y otras posturas de fuerza, como el relanzamiento descomunal de la carrera armamentista. El *roll-back* o reversión se inició con la invasión y ocupación de Granada (octubre de 1983); con la ayuda a las guerrillas de Afganistán, Angola y Mozambique; con la instrumentación de la "guerra de baja intensidad" en Centroamérica, concretamente en Nicaragua y El Salvador a partir de 1981, en pos del objetivo de recuperar para sí la conducción del "mundo libre".

América Latina volvía a ser considerada como una "área de interés primario" para Estados Unidos, ubicada dentro de las exigencias de una confrontación global geoestratégica y

pieza fácil sobre la que se podían aplicar rápidos y “limpios” golpes de fuerza que sirvieran como “efecto-demostración” para el conjunto de los países del tercer mundo por un lado, y como símbolo de su poderío renovado ante los países centrales europeos, por otro. La tradicional postura de fuerza respecto de Cuba, revitalizada por Carter a fines de 1979, cobró mayor fuerza con Reagan.

Sin embargo, la era de opulencia reaganiana parecía estar pisando suelo poco sólido respecto de sus intentos de recuperación hegemónica. La política económica que había dado impresionantes muestras de recuperación en pocos años, incrementó el déficit fiscal y la balanza de pagos, lo que elevó de manera espectacular el nivel de su endeudamiento externo. El sector financiero cumplió la función estratégica de tutelar la continuidad de este modelo de acumulación, tanto para garantizar el financiamiento de los desequilibrios mencionados, como para captar recursos que permitieran la renovación tecnológica de los sectores más castigados por la competencia internacional, un rezago del que daban cuenta los avances de Japón.

De igual manera, el sector financiero norteamericano funcionaría como un mecanismo de transformación de las relaciones económicas internacionales hacia el tercer mundo, y América Latina en particular, induciendo el estallido de una crisis originada por el elevado nivel de endeudamiento externo de esos países, lo que permitiría un mayor protagonismo —e intervencionismo— del FMI y el BM

en la instrumentación de las políticas económicas regionales.

Respecto de Europa, la revalorización del dólar condujo a un creciente flujo de capitales hacia Estados Unidos (de carácter especulativo en su mayor parte), situación que redujo el gasto de inversión en la economía europea y permitió reducir el ritmo de expansión de la brecha tecnológica que la separaba de dicho país.

El autoritarismo económico de Estados Unidos impulsó una serie de tensiones en el escenario internacional, las cuales tendieron a erosionar el modelo de acumulación internacional. Frente a ellas se planteó la necesidad de estabilizar un nuevo ordenamiento mundial capaz de remodelar jerarquías de poder entre las naciones del sistema. Este nuevo ordenamiento tendría que implicar el establecimiento de nuevas ventajas comparativas dentro del sistema de naciones del primer mundo, con vistas a reorganizar los procesos productivos y distributivos internacionales, proponiéndose con ello la fijación de una nueva división internacional del trabajo, objetivo que requeriría de una reorientación de los flujos financieros así como un nuevo ordenamiento comercial a fin de darle la indispensable fluidez.

Un tipo de respuesta ensayada para enfrentar esta situación ha consistido en fomentar la fusión de capitales no únicamente a nivel nacional sino también internacional, con el propósito de crear núcleos económicos capaces de gastar grandes sumas en el desarrollo de alta tecnología

que permita la supervivencia de sectores productivos aparentemente ineficientes. Detrás de esta estrategia se encuentra la decisión de fragmentar, a nivel mundialista, los mecanismos productivos bajo una nueva racionalidad, según la cual los procesos y productos que involucren un alto contenido de fuerza de trabajo y un alto riesgo ambiental serían transferidos hacia la periferia del sistema, mientras que los procesos con alto desarrollo tecnológico y "limpios" ambientalmente, permanecerían en los países centrales.

Este esquema implica aceptar un mayor grado de interdependencia, en tanto que la elaboración de un producto final podría recorrer diversos países, en cada uno de los cuales se desarrollaría una parte del proceso productivo hasta su culminación; igualmente se plantearía la posibilidad, como en el caso del sector siderúrgico, de discriminación al seleccionar los bienes producidos, de acuerdo con el nivel de rentabilidad existente para cada uno de ellos. Estos aspectos reflejan la nueva división internacional del trabajo que se configura actualmente.

### III

Uno de los hechos más importantes que señalan el transcurso de este fin de siglo es sin duda la desintegración económico-política de los países del Este, los del llamado "socialismo real" o "socialismo realmente existente" y, por consiguiente, el fin de la bipolaridad nacida en la posguerra. Esto ha tenido como consecuencia un replie-

gue de la URSS hacia su interior para resolver los graves problemas que la aquejan, los de naturaleza económica y social en primer lugar, que la han llevado a reducir notablemente sus gastos militares y a provocar, por tanto, una etapa de distensión con su contendiente Estados Unidos, para poder desviar gastos en pos de su reconstrucción económica. De hecho ha abandonado la carrera armamentista, pero no se ha desarmado. Por otra parte, el debilitamiento del socialismo como ideología y sistema alternativo al capitalismo (al menos en su versión estatizante), ha llevado a las luchas de liberación de los países del tercer mundo al desamparo e indefensión, creando un vacío que aparentemente tiende a llenarse mediante estallidos nacionalistas, fundamentalismos y demandas étnicas-raciales.

El relajamiento del autoritarismo soviético se realiza desde premisas económico-sociales y tiene incidencia en el orden militar, que ahora se orienta hacia la defensa convencional, como lo indican la propuesta de retirada de su armamento nuclear en 1995-1996, el abandono total de las bases de territorios de Europa oriental, y la reciente disolución del Pacto de Varsovia. Con antelación, la URSS se había retirado totalmente de Afganistán y reducido o suspendido la ayuda militar a Cuba y Nicaragua.

Si al propio tiempo parece un hecho la integración económica europea a partir de 1992, su integración política está aún lejos de materializarse, como fue dable observarlo por la polarización de opiniones en torno a la reciente guerra del golfo

Pérsico. Con todo, Europa cifra su más próspero destino en sus claras ventajas económicas, financieras y comerciales, que le permitirán competir con éxito en el mercado mundial frente a Estados Unidos. Las perspectivas de una apertura económica hacia los países exsocialistas, son aún materia de debate, así como las expectativas de América Latina hacia el viejo mundo.

En todo caso Estados Unidos continúa en situación privilegiada para retener su bolsón de reserva latinoamericano. Su impulso al Tratado de Libre Comercio (TLC) con México y Canadá, así como su plan Iniciativa para las Américas, son indicio de ello. Por otra parte centrará su objetivo hegemónico en el irrefutable poderío militar que con tanto éxito desplegó en el golfo Pérsico. Ideológicamente, el derrumbe del "socialismo realmente existente" implicó un correspondiente fortalecimiento del liberalismo. Al mismo tiempo, para Estados Unidos su flanco más débil es aún el de sus graves problemas económicos, entre ellos la ya desencadenada recesión y su rivalidad existente con la RFA y Japón. Una muestra de sus actuales limitaciones la provee su incapacidad para sostener la economía de países pequeños como Panamá y Nicaragua, en su inmediata zona de influencia y en los que impuso gobiernos de su preferencia.

La débil cohesión política y económica entre los países latinoamericanos es una de las contribuciones a su propio atraso y estancamiento. El problema del endeudamiento externo e interno se ve agravado por las im-

siciones restrictivas del FMI y del BM y no es previsible que se alivie en el marco de la nueva división internacional del trabajo. Los datos de organismos como la CEPAL y el SELA van desde lo desolador y deprimente, hasta lo aterrador. El secretario ejecutivo de la CEPAL, Gert Rosenthal, en el "preocupante cuadro" que proveyó en su informe anual, el 19 de diciembre de 1990, afirmó que el año pasado el PIB de la región disminuyó 0.5% y que el producto por habitante bajó 2.6% cayendo por tercer año consecutivo y retrocediendo a los niveles de 1977. Añadió que "no obstante el enorme esfuerzo y los considerables sacrificios sociales, la evolución de la economía en 1990 fue a todas luces insatisfactoria". Rosenthal acotó que por efectos de la guerra del golfo, el superávit de la balanza comercial de la región, que en 1989 había sido de casi 30 000 millones de dólares, disminuyó en 1990 a 26 000 millones; que la región continuó siendo, por noveno año consecutivo, exportadora neta de capitales, esta vez por casi 20 000 millones de dólares; que el monto de la deuda externa se elevó a más de 417 000 millones de dólares; y que 1991 presentaba rasgos internacionales "preocupantes" debido a los efectos de la guerra del golfo, la incertidumbre sobre las negociaciones de la Ronda Uruguay en el GATT y la desaceleración de algunas economías industrializadas, entre ellas la de Estados Unidos. En lo que respecta a los capitales fugados de la región, un reciente estudio de la Comisión Trilateral acepta que "tras un mejoramiento general durante la posguerra, las condiciones so-



ciales en América Latina se han deteriorado de forma preocupante en el pasado más reciente [...] lo cual produjo frustraciones"; que los indicadores sociales "están descendiendo desde hace ya casi una década"; que entre 1981 y 1988 el gasto de los gobiernos centrales en educación en proporción al PIB parece haber decrecido en casi todos los países latinoamericanos; en "el déficit social en términos de consumo calórico y proteínico, en vivienda, sanidad y educación, transporte e infraestructuras sociales y físicas" y en que, "después de un siglo de haber sido extirpada, haya retornado a la región la epidemia del cólera".

La falta de un cuestionamiento real de la "nueva" ideología en boga, debida en parte al derrumbe del blo-

que del Este y agudizada por la crisis económica, se refleja en una carencia de propuestas alternativas y en una especie de táctica y resignada aceptación, lo que explica que haya sido impuesta sin apelar a los gobiernos militares como hubiera sido propio hasta años recientes. Ni Estados Unidos ni las burguesías aliadas al capital extranjero requieren ya demostraciones de fuerza para imponer sus planes y programas, mientras coincidentemente el capitalismo nuevamente "salvaje" de las décadas de 1980 y 1990 selecciona cuáles serán las áreas relativamente beneficiadas y todo el resto parece aceptar la "condena" de la profundización de sus soberanías de quinto nivel. El sueño bolivariano de la integración parece hoy más utópico que nunca y

así, mientras el primer mundo se reconfigura, se reorganiza y decide, de nuevo, un eventual reparto del planeta, América Latina continúa como un objeto pasivo frente a los cambios que se están realizando en el orden internacional.

Este escenario le plantea un gran reto a América Latina, las aceleradas transformaciones demandan la pronta definición de una estrategia que contemple el menor daño posible a la economía regional. Existen por lo menos dos temas que conciernen directamente a la región y que se encuentran en proceso de negociación internacional.

El primero trata el aspecto del desplazamiento de las instalaciones industriales de los países del primer mundo hacia la periferia; y el segundo aborda la posición de las materias primas y productos estratégicos que América Latina exporta hacia los países desarrollados, las cuales siguen teniendo un peso muy importante en las balanzas comerciales de la región. Buena parte del futuro de ésta depende de la solución favorable de estos rubros debido a que condiciona la inserción de la región en el presunto nuevo orden mundial que se está gestando.

Después de haber revisado rápidamente los factores que influyen en algunos de los campos más importantes de la actualidad mundial, es más obvio que nunca que vivimos un mundo de profundos cambios y de difícil previsión. ¿Estamos asistiendo a una recomposición hegemónica de Estados Unidos? ¿O simplemente observamos una dominación norteamericana acen-

tuada en sus áreas de influencia tradicionales (América Latina) y situada en un mundo todavía bipolar en lo militar y multipolar en lo económico y político?

No parece ser el "peligro comunista" o, lo que es lo mismo, la confrontación Este-Oeste, la dinámica en la que vamos a estar involucrados de aquí en adelante, al menos no de forma tan radical como en el pasado. El riesgo de una alternativa clara al capitalismo, como lo fue en otro momento el socialismo, no parece ser inminente por el momento y esto ha hecho que se aleje la época de la guerra fría. Sin embargo, la brecha norte-sur continúa abriéndose, con más vitalidad que nunca.

El narcotráfico sirve hoy como mecanismo justificatorio para la violación de soberanías, como lo ejemplifica la invasión y ocupación de Panamá desde diciembre de 1989; además, es pretexto para dar continuidad a la presencia de "asesores" y fuerzas militares estadounidenses en países visualizados como eventualmente "críticos".

Es demasiado pronto para concluir con certeza en cuanto a cuál será la inserción de América Latina en la división internacional del trabajo, por lo demás no definida totalmente. Repetiremos datos esenciales ya mencionados, pero indispensables para una mejor ubicación de la realidad presente: en lo político y militar, Estados Unidos emergió de la guerra del golfo como la potencia indisputable del planeta; pero en lo económico hay un debilitamiento de sus posiciones debido a su déficit comercial astronómico y a su

déficit fiscal sin precedentes que dura prácticamente una década; padece un gigantesco endeudamiento externo y una persistente caída de su productividad en sectores clave, provocando con todo ello la reorientación del financiamiento de la inversión mundial. Y por si fuera poco, se hizo presente la recesión, cuyo término se estima impredecible.

Paralelamente, el PIB real de América Latina que había crecido casi 7% en la década de 1960 y cerca de 80% en la de 1970, apenas rasguñó un 10% entre 1980 y 1988, incremento más que comprometido por el crecimiento de la población. En 1988 sólo cinco países latinoamericanos tenían un PIB *per cápita* superior al de 1980, once se encontraban por debajo del nivel de ese año, seis por debajo del de 1970 y tres por debajo del de 1960. Estados Unidos mantiene la primacía del comercio exterior con la región, con 40-50% en los años más recientes; en tanto la CEE retiene 20%, el comercio intralatinoamericano, 15% y Japón aproximadamente 5%, como lo observa el *Informe* para la Trilateral ya citado, “los grandes perdedores han sido el comercio intrarregional, con el tercer mundo y con la CEE”.

Ante este cuadro, según lo afirma el economista peruano Gonzalo García Núñez, “desde que ya no hay un poder internacional balanceado –debido a los problemas que padece la URSS– Estados Unidos está planteando abiertamente la integración de la economía latinoamericana a sus circuitos de producción, distribución y consumo”, para lo cual la experiencia piloto de la iniciativa de la Cuenca del Caribe

lanzada por Ronald Reagan en 1981, le fue de extrema utilidad. Correlativamente, añade ese especialista, “el neoliberalismo criollo está planteando hoy y para el largo plazo, una relación abrumadoramente dependiente y subbordinada de los Estados y sociedades, tanto a la economía norteamericana como al sistema político mundial”.

Desde otro ángulo coincide Luis Maira:

América Latina, África y Asia están de cara a un horizonte de oscuras tonalidades, sin poder económico, sin poder político y sin poder militar. Siempre hemos llegado tarde a las grandes decisiones de las estructuras de poder internacional en este siglo. La situación es demasiado mala, la década de 1980 fue desastrosa. América Latina vio caer 35% del valor de sus materias primas, incluyendo el petróleo; irónicamente nos convertimos en exportadores netos de capital por 236 000 millones de dólares, en circunstancias en que si dispusiéramos de ese capital tendríamos otro continente; crecieron los márgenes de pobreza, que pasaron de 113 000 000 de personas bajo la línea de pobreza a comienzos de 1980, a 194 000 000 en 1990. Sobre este temporal nos cae el chubasco de la reestructuración internacional: una América Latina que es más pobre y más marginal que hace veinte años.

Lo que está fuera de discusión es que Estados Unidos continúe siendo el *decision maker* en la región, dentro de un parámetro en el que el eje del “nuevo orden internacional” se traslada desde la confrontación Este-Oeste a la de Norte-Sur y América Latina per-

tenece irremisiblemente al Sur. Salvo focos perturbadores aislados—El Salvador, Colombia, Perú, Cuba—, Washington bien puede ufanarse de su *Pax americana* en el hemisferio. Sus actuales proyectos que cuentan con la adhesión de gobiernos y burguesías locales, requieren la aplicación de recetas, gran parte de las cuales están ya en vigencia: libertad para la circulación de mercancías y capitales, achicamiento del Estado, abolición de las barreras proteccionistas, privatización de las empresas públicas, apertura de las áreas más rentables de la economía al capital foráneo y, en general, reducción de la capacidad de esas economías frente a las presiones externas.

Las realidades negativas y hasta los fantasmas se centran en el narcotráfico, la contaminación ecológica, eventuales disturbios incontrolables, migraciones económicas incontenibles, control del contrabando y de epidemias como el cólera, y los efectos perniciosos de la generalizada marginalidad. Y hay estrategias estadounidenses que insisten en prever inestabilidades políticas, amenazas a la transición a la democracia y hasta posibles ingobernabilidades en países devastados por la miseria y el hambre...

Subsisten, por lo tanto, las razones para el excepticismo y el pesimismo. La velocidad de los acontecimientos aconseja en todo caso que las conjeturas y diagnósticos se enmarquen en la cautela y la prudencia. Y esto se aplica tanto al concepto de la "nueva hegemonía norteamericana", como a

los pronósticos acerca de la división internacional del trabajo.

#### BIBLIOGRAFÍA

-Chomsky, Noam, "New world order", abril de 1991, mimeo, 7 pp.

-García Núñez, Gonzalo (entrevista a), "La economía política del cólera", *Quehacer*, núm. 70, marzo-abril de 1991, DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo, Lima, 1991, pp. 24-32.

-González Vigil, Fernando, "Reestructuración internacional e industrialización periférica", en *Economía de América Latina*, núm. 12, Centro de Investigación y Docencia, México, 1984.

-Landau, George W., Julio Feo, Akio Hoso, *América Latina en la encrucijada. El desafío a los países de la Trilateral* (Informe para la Comisión Trilateral), Editorial Tecnos, Madrid, 1990.

-Lozano, Lucrecia, "Nuevo orden mundial. ¿Nuevas relaciones entre Estados Unidos y América Latina?", *México Internacional*, año II, núm. 21, México, mayo de 1991, pp. 2-4.

-Maira, Luis, "América Latina y el nuevo escenario internacional", ponencia presentada en el Seminario de Aniversario de los 30 años del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la UNAM, septiembre de 1990, mimeo.

———, "Una mirada histórica a los márgenes de hegemonía internacional de Estados Unidos", en *¿Una nueva era de hegemonía norteamericana?*, Anuario RIAL, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1986, mimeo.

-Marini, Ruy Mauro, "América Latina en la encrucijada", ponencia presentada en Seminario del Aniversario de los 30 años del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la UNAM, septiembre de 1990, mimeo.

